

NICARAGUA: SE CIERRA EL CICLO DE ZELEDON Y SANDINO

GREGORIO SELSER

"Con motivo de los mencionados tratados (Bryan-Chamorro) hubo la revolución de 1912 en señal de protesta y que culminó con el asesinato del invicto y glorioso general Benjamín Zeledón. Era yo un muchacho de 17 años y presencié el destace de nicaragüenses en Masaya y otros lugares de la República, por fuerzas filibusteras norteamericanas. Personalmente miré el cadáver de Benjamín Zeledón, quien fue sepultado en Catarina, pueblo vecino al mío. La muerte de Zeledón, me dio la clave de nuestra situación nacional frente al filibustero norteamericano; por esa razón, la guerra en que hemos estado empeñados, la consideramos una continuación de aquella".

SANDINO

13 de marzo de 1933

Manifiesto a los pueblos de la tierra y en especial al de Nicaragua. Tipografía La Prensa. Managua. 1933.

Algunos de los que lo conocieron y que estuvieron a su lado, pudieron describirnoslo, muchos años más tarde: un alfeñique —coincidían—, una figura esmirriada, de rasgos angulosos y severos, a la que sólo su alto sombrero podía darle una estampa de mediana estatura.

Sin el sombrero, su extrema delgadez podía hacer suponer que bastaría soplar sobre él para que se cayera. Pero en cuanto comenzaba a hablar, el enjuto cuerpo parecía crecer y semejar otro. Sus ojos se animaban de aquel fuego sagrado que le consumía y que no iba a abandonarle sino con su aniquilamiento físico. Los delgados labios se abrían para dejar paso a una voz que parecía no estar de acuerdo con el ser que la emitía, y toda la sacra furia que la animaba se difundía como un bramido, ampliada como si un oculto mecanismo microfónico se desparramara por su garganta para acusar, para denunciar, para asumir el compromiso siempre renovado de su fe, aunque nadie le pidiese cuenta ni balance.

El acusado era invariablemente el mismo. El odiado invasor de su patria, que extraviados políticos habían llamado, repitiendo casi al calco el pedido de ayuda de algo más de medio siglo antes, cuando otros políticos abrieron las puertas del país al filibustero William Walker invitándole a resolver pleitos que sólo a los nicaragüenses concernían.

Decía "el yanqui" y se desbordaba su ira. Decía "Nicaragua" o "patria", y aunque lo más que conociera de ella era agreste, áspero y montuno, sobre todo en los últimos años de su vida, la evocación se asociaba a fértiles valles, quietas y hermosas aldeas donde el tiempo se hubiera detenido para seguir permitiendo a los simples hombres discurrir en paz sus asuntos, mientras una feliz monotonía hacía menos pesado el húmedo calor que envolvía tanta tierra caliente y feraz.

Quizás esta bucólica pintura correspondiera a la Nicaragua de su niñez y adolescencia, la aldehuela de Niquinohomo que le vio nacer el 18 de mayo de 1895, un día antes de que en la no muy lejana Cuba, dejara su vida, en la acción de Dos Ríos, el no menos fogoso José Martí.

Aquellos eran los tiempos iniciales del general José Santos Zelaya, un milite de filiación liberal, si es que algo pudiera designar en nuestros días un partidarismo esencialmente no demasiado distante de la bandería conservadora. Su padre, don Gregorio Sandino, pertenecía al Partido Liberal, que con Zelaya se mantendría en el poder hasta fines de 1909, prolongándose algunos meses más, hasta la caída de José Madriz por imposición de Washington, el 20 de agosto de 1910. En ambos sucesos había sido factor eficiente la llamada "diplomacia del dólar", emprendida por el presidente de Estados Unidos William H. Taft, y su secretario de Estado, Philander Chase Knox. Es a partir de la renuncia de Madriz que se irán anudando los episodios que culminarán unos dieciocho años más tarde con el ingreso masivo a Nicaragua de las fuerzas aéreas, terrestres y navales de Estados Unidos.

La "diplomacia del dólar"

En lugar de Madriz ocupó la presidencia Juan José Estrada, el general que se había alzado en la costa atlántica y que olvidado de su filiación liberal se había aliado al jefe conservador, Emiliano Chamorro. La fracción conservadora, cuyo epicentro político-económico basado en intereses de una retardataria burguesía comercial radicaba en la ciudad de Granada, fue paulatinamente ocupando posiciones, a favor de la incapacidad y la cultivada dipsomanía de Estrada. El 9 de mayo, empujado por Elliott Northcott, representante diplomático de Estados Unidos en Managua, Estrada dejó el poder en manos del vicepresidente Adolfo Díaz, un empleado contable de la empresa La Luz y Los Angeles, de propiedad de la familia Fletcher, de Pittsburgh, empresa cuyos intereses económicos estaban a cargo del bufete de abogados al que pertenecía el secretario Knox.

Desde el comienzo de la rebelión contra Zelaya, Díaz era el hombre elegido por el Departamento de Estado para adecuarse dócilmente a los dictados de la "diplomacia del dólar". Tenía sobre Estrada la ventaja de hablar inglés y de resistir mucho mejor los efectos del alcohol. Coincidían, en cambio, con aquél en la necesidad de erradicar todos los resabios del *zelayismo*, que en la práctica equivalía a lo que, con el lenguaje de hoy, se designaría como nacionalismo demócrata-burgués. Zelaya, al igual que su sucesor, Madriz, descañaba sobre el proveedor tradicional del país, Inglaterra. Díaz tenía la misión, que cumplió cabalmente, de orientar al país en dirección de las necesidades económico-estratégicas de Estados Unidos.

La hoy olvidada "diplomacia del dólar", inaugurada por Taft y bautizada por él mismo con esa denominación en un mensaje legislativo de diciembre de 1912, se fundaba en el propósito de suplantar, en la región de Centroamérica y el Caribe, la molesta presencia de potencias tales como Gran Bretaña, Alemania, Francia e Italia, proveedoras habituales de préstamos a las repúblicas de la región que los Estados Unidos consideraban, sobre todo a partir del triunfo que lograron sobre España en 1898, como suya.

Antes que Taft, el presidente Theodore Roosevelt había establecido el modelo en la República Dominicana: se había hecho cargo de la deuda de los tenedores de bonos europeos, con lo que obtuvo que los barcos de guerra del Viejo Mundo dejaran de tener motivos plausibles para incursionar sobre Santo Domingo. Taft proyectó aplicar la receta en Nicaragua y Honduras.

Algunos historiadores norteamericanos —Dexter Perkins, Samuel Flagg Bemis, Dana G. Munro— no esconden su sospecha de que al unir las razones de Estado con los intereses privados del grupo Flechter, Knox resolvió por tercería las urgencias estratégicas y diplomáticas involucradas en el programa de Taft. Nicaragua no era económicamente apetecible ni las inversiones estadounidenses allí eran de tal magnitud como para merecer la atención especial del Departamento de Estado. Pero, Knox creó artificialmente esta atención cubriéndola con la máscara estratégica: suscitó sospechas de que la Alemania

del Kaiser o el surgente Japón tenían especial interés en la construcción de un canal interoceánico por Nicaragua, paralelo al de Panamá --que estaba en su etapa media de construcción--, y a partir de la sospecha generó la necesidad de impedir esa eventualidad.

El presidente Díaz se prestó a la comedia y fue quien aceptó prender el Ferrocarril Nacional y otros bienes de la nación a cambio de un préstamo que no llegaba a los 3 millones de dólares. Como el Senado norteamericano se negó a ratificar el tratado por estimarlo "irregular", Taft y Knox lo reemplazaron por un convenio ejecutivo que eludía toda participación legislativa y daba ingreso a corporaciones bancarias neoyorquinas. La firma Brown Brothers aceptó actuar de prestamista a cambio de que Nicaragua diera en prenda, además del ferrocarril, los ingresos aduaneros. Díaz aceptó, Knox convalidó y, a partir de 1912, Nicaragua comenzó a ser conocida con el nombre despectivo de "República de los hermanos Brown".

El 29 de julio de 1912 se produjo una reacción armada de los antiguos zelayistas, en combinación con un general conservador, Luis Mena, ministro de Guerra del presidente Díaz, que quería --ambición humana al fin-- reemplazar a aquél en la presidencia. Representaba a los liberales un joven abogado, Benjamín F. Zeledón, que por haber tenido experiencias militares en tiempos de Zelaya y Madriz, se había ganado las insignias de general. El alzamiento se proponía la anulación de los contratos banqueriles y la anulación de todos los arreglos políticos que estaban anunciando la enajenación del país bajo pautas análogas a las que se habían aplicado en la Dominicana y Cuba.

Mena y Zeledón llegaron hasta bombardear a Managua, después de haber hecho suyas las ciudades de León, Granada, y Masaya y Jinotepe. El 4 de agosto, llamados por el presidente Díaz, desembarcaron en Nicaragua los primeros *marines* y soldados de Estados Unidos. La lucha continuó, empero, librándose entre nativos hasta que a fines de setiembre, con casi 3,000 hombres desembarcados y ocupando las principales vías de comunicación, el coronel Joseph Pendleton logró que Mena se rindiera en Granada sin disparar un tiro. Zeledón, en cambio, rechazó todas las intimidaciones del invasor hasta que, el 4 de octubre, a continuación de 24 horas de bombardeo sobre las posiciones que custodiaban Masaya, fuerzas al mando del mayor Smedley Butler forzaban El Coyotepe y la Barranca y entregaban Masaya al pillaje e incendio de las tropas de Díaz.

Aquel 4 de octubre en que también moría en acción de guerra Benjamín Zeledón, es la fecha en que se inicia la ocupación efectiva del país, que se prolongará hasta agosto de 1925.

Trece años con los "marines"

La que siguió fue una ocupación efectiva aunque escasamente visible. Los historiadores estadounidenses que la disculpan o justifican, resaltan el hecho de que se trataba sólo de cien *simbólicos* guardias, cuya misión era la

de resguardar el edificio de la Legación en Managua. Pero ese hecho oculta la realidad: los métodos de que se valieron Díaz y sus sucesores para acallar toda oposición liberal y para facilitar su propia supervivencia en el poder —la violencia, la cárcel, el destierro y hasta el asesinato de quienes se rebelaron—, y el papel de los *marines* como el elemento disuasivo, ya que el poder real emanaba de las naves de guerra que intermitentemente se presentaban frente a los puertos de Corinto y Bluefields, los más importantes de ambas costas oceánicas. Bastaba el aviso telegráfico para que en pocas horas se hicieran presentes frente a las costas nicaragüenses —si ya no lo estaban— unidades de la llamada "Flota Bananera", caracterización entre jocosa y despectiva de los escuadrones navales estadounidenses que patrullaban los océanos y mares centroamericanos y del Caribe.

Durante la presidencia de Adolfo Díaz, quien se sucedió a sí mismo a partir de enero de 1913, se arregló el tratado Bryan-Chamorro, por el cual Estados Unidos obtuvo a perpetuidad y por escrito el "derecho" a construir y administrar un canal interoceánico por suelo y aguas de Nicaragua. Ninguno de los gestores de este tratado —tan oprobioso como el que se impuso a Panamá el 18 de noviembre de 1903— pensaba seriamente en que un tal canal iba a ser realmente construido. Sin embargo, su trámite en el Senado duró dos años hasta que fue ratificado en medio de las denuncias y protestas indignadas de Costa Rica y El Salvador. Para viabilizar ese acuerdo se desconocieron tratados internacionales y se forzaron interpretaciones jurídicas.

El caso es que "el presidente del recto juicio", Woodrow Wilson, convalidó la inhumana convención con la misma desaprensión con que en nombre de la democracia había autorizado en esos mismos años bombardeos e invasiones de territorios latinoamericanos —Méjico, Cuba, Panamá, República Dominicana, Honduras y Haití—, no obstante sus repetidas —y muy conocidas— invocaciones moralistas y democráticas. Y por cuerda separada, Emiliano Chamorro, el firmante con Bryan del "tratado inicuo", fue premiado por Estados Unidos con su aval para que fuese nominado presidente a partir de enero de 1917, luego de elecciones de las que, como en los casos anteriores, fue excluida la oposición liberal.

El orden campesino que impuso Chamorro al país mostró indicios de perpetuarse cuando Emiliano facilitó el ser sucedido en la presidencia por su tío, Diego Manuel Chamorro, en el entendimiento de que la posta, entregada en enero de 1921, retornaría a él en enero de 1925. Pero el tío Diego Manuel tuvo el poco elegante gesto de morirse —por enfermedad legítima— antes de cumplido su período "constitucional", de manera que ascendió al cargo el vicepresidente Bartolomé Martínez, que hizo cuanto estuvo a su alcance para consagrarse a sí mismo como mandatario en las elecciones previstas para octubre de 1924. Como la maquinaria chamorrista desbarató esa ilusión, Martínez se desquitó permitiendo que se formara una fórmula de "conciliación nacional", formada por el conservador moderado Carlos Solórzano y el liberal Juan Bautista Sacasa. Fue esta fórmula la que derrotó las aspiraciones del furibundo Emiliano Chamorro.

Solórzano-Sacasa iniciaron su gestión el 1ero. de enero de 1925. Todo parecía ahora orden y tranquilidad, especialmente porque antes de las elecciones Estados Unidos anunció públicamente que en cuanto se produjese el cambio de gobiernos retiraría su fuerza *simbólica* militar de Managua. El cambio se produjo, pero Washington no cumplió. Adujo en su descargo que tenía información cierta de que Emiliano Chamorro se proponía dar un golpe de Estado. Si los *marines* continuaban en Managua, Chamorro se abstenría. Pasaron los meses y Chamorro se mantuvo en calma. El 3 de agosto, el Departamento de Estado resolvió intempestivamente retirar sus *marines*. El 28 de ese mes, Chamorro hizo un primer amago de cuartelaza, que Washington respondió haciéndolo saber que, de acuerdo con los pactos centro-americanos firmados en Washington en 1923, ningún gobierno que emergiera de un golpe de Estado sería reconocido como legítimo.

El inveterado faccioso se mantuvo en calma algunas semanas más, hasta que, el 25 de octubre, no pudiendo con su genio, asaltó y capturó la fortaleza de la Loma de Tiscapa, en Managua, y en forma sucesiva forzó la renuncia del presidente Solórzano y el exilio del vicepresidente Sacasa, hasta que, finalmente, se hizo designar presidente por la Asamblea Nacional, el 16 de enero de 1926.

El presidente Calvin Coolidge y su secretario de Estado, Frank B. Kellogg, anunciaron solemnemente que de acuerdo con los tratados de 1923 desconocían como presidente a Chamorro, cosa que pareció no preocupar a éste, quien se mantuvo impertérrito en el poder. Suyas eran las fortalezas y las guarniciones del país, y los poderes legislativo y judicial y, para deleite total, tenía a su favor al mayor Calvin B. Carter, jefe de la *National Constabulary*, o sea un grupo de soldados nativos adiestrados y armados por Estados Unidos.

La guardia constabularia

Los constables son, hasta hoy, en Estados Unidos, una suerte de alguaciles o guardias civiles, de alcances paramilitares. Hasta que se les dio la denominación fonéticamente más agradable y castiza de guardias nacionales, los constabularios se vestían como norteamericanos, eran dirigidos por oficiales norteamericanos y entendían las voces de mando en idioma *gringo*. En tiempos de Solórzano y Sacasa eran unos 400, que el mayor Carter puso inicialmente al servicio de Chamorro, en visible contradicción con el aparente repudio de la Casa Blanca y el Departamento de Estado al militar faccioso.

El ejército regular y los 400 constabularios eran mucha ventaja para los conservadores. Estos se habrían mantenido así, sin inquietudes a pesar del no reconocimiento de Washington, de no haberse comenzado a producir cada vez más frecuentemente rebeliones internas de grupos liberales, que parecían despertar del prolongado letargo que siguió a la derrota y muerte de Zeledón. Era un fenómeno desconocido en Nicaragua, más aún por la circunstancia de que los alzados contaban con refuerzos, en hombres y en pertrechos y alifamentos, procedentes del exterior. Más exactamente, de Méjico.

Superaría los marcos de esta reseña histórica detallar las razones por las cuales, durante la primera etapa de su gobierno, el presidente mejicano Plutarco Elías Calles, excitado por una disputa sobre la propiedad de los yacimientos petroleros nacionales, enfrentó al presidente Coolidge y al secretario Kellog hasta el borde mismo de la ruptura. Importa consignar, sin embargo, que al calor de ese enfrentamiento Calles consideró conveniente socorrer a los liberales nicaragüenses, permitiendo que en suelo mejicano se hiciera proselitismo y se prepararan expediciones armadas para desembarcar y luchar contra Chamorro. El presidente repetía así, de algún modo, la política que en 1909 había seguido Porfirio Díaz en relación con el general Zelaya. Favorecía así la reivindicación del vicepresidente Sacasa, quien se consideraba presidente constitucional y, por serlo, con derecho a recuperar el mando del cual había sido despojado.

Sacasa, civil, había delegado la conducción militar en José María Moncada, un viejo servidor del presidente Estrada en 1910-1911 y que sólo por ese antecedente —si no se sumaran otros— debería haber suscitado cuotas de desconfianza legítimas. Moncada mostró ser un militar hábil, pese a que esa no era su carrera. Desde mayo de 1926 se habían generalizado en diversas partes del país las escaramuzas entre liberales y conservadores. Chamorro —eso se hacía cada vez más notorio— no era ya dueño indiscutible de la situación y Kellog aprovechó la desventaja para presionar su abandono del poder. Se recurrió al arbitrio de hacerle renunciar en favor del presidente de la Asamblea Nacional, Sebastián Uriza quien, a su vez, pocas horas más tarde, declinó el cargo en favor de Adolfo Díaz, tan alcohólico y servidor de Washington como siempre.

Allí sí, pues, Kellog consideró que estaban cubiertas las formas, y se apresuró a reconocer al apreciado pupilo. La primera medida de Díaz, al ser nominado presidente fue pedir, como en agosto de 1912, el desembarco de *marines* en Nicaragua, alegando que ésta era víctima de la agresión "bolchevique" de Méjico. Kellog no fue tan veloz en sus reacciones como Knox en otros tiempos prefirió repensar el problema, en momentos en que Moncada llevaba a la práctica la más audaz operación militar: un masivo desembarco de nicaragüenses en Bluefields. La maniobra resultó exitosa y fue seguida de un corolario político: el ejército constitucionalista reconocía como único presidente legal a Juan Bautista Sacasa.

En esas circunstancias —24 de diciembre de 1926— el almirante Juan Latimer, jefe de la escuadra estadounidense del Caribe, ordenó que fuerzas de los cruceros "Denver" y "Cleveland" desembarcaran en Puerto Cabezas, zona a la que se declaraba "neutral" para preservar vidas y bienes de ciudadanos norteamericanos en la región. Con la medida beneficiaba a las ya derrotadas tropas de Díaz, a las que libraba de la destrucción; pero, además, Latimer dispuso desarmar a ambos contendores, con lo cual también favorecía a Díaz, porque los pertrechos y porque de Moncada eran muy superiores a los del usurpador. Gran parte de esos equipos fueron a continuación arrojados al mar, con el pretexto que de esa manera ninguno de los bandos podía utilizarlos.

Alguna porción de esas armas pudieron ser rescatadas de la requisita del invasor. Unas pocas decenas de rifles y municiones fueron recuperados por voluntarias nicaragüenses, pobres prostitutas de Puerto Cabezas, que mostraron con su acción un sentido patriótico notable frente a los jefes mayores y oficiales que sin lucha y sin protesta consintieron en ser despojados de sus armas.

Aquellos pocos rifles pasaron a manos de uno de los jefes inferiores y menos conocidos de los que se habían sumado al ejército constitucionalista. Se llamaba Augusto C. Sandino y, según constancias históricas, fue en esa ocasión el único que realizó el gesto de instar a Moncada a no entregar las armas, como sería el único en intentar recuperar siquiera una porción de ellas. Meses más tarde, iba también a ser el único en negarse a aceptar la entrega total del movimiento constitucionalista, pactada entre aquel general Moncada y un enviado especial del presidente Coolidge, el coronel Henry L. Stimson.

“Es preferible hacemos morir”

Con los 29 rifles rescatados en Puerto Cabezas por las muchachas a quienes convenció de que a cambio de sus favores pidieran armas y no dinero, Sandino regresó a su punto de partida, las selvas de Las Segovias, en donde iba a dar comienzo a lo que más tarde sería gesta. Al principio no fueron sino pequeñas escaramuzas, tanteos rudimentarios de un aprendizaje que costó con derrotas, pérdidas de vidas y territorios disputados a las tropas de Adolfo Díaz.

Pero la enseñanza no fue desaprovechada y, al menos, su presencia activa en la zona norteña más selvática y que se le iba haciendo familiar, contribuiría a que tras la desazón de Puerto Cabezas, las tropas del general Moncada pudieran, de todos modos avanzar con ímpetu victorioso hacia Managua.

Con sus escasas aunque aguerridas fuerzas, Sandino hizo lo suyo en los primeros meses de 1926; otros militares, más conocidos y fogueados que él, también contribuyeron a la marcha triunfante que habría culminado a principios de mayo, de no haberse interpuesto el delegado de Coolidge, Stimson, quien a escasos kilómetros de Managua, en la localidad de Tipitapa, invitó a Moncada a tener una conferencia con él.

Stimson, atajaba al jefe victorioso antes de que se consumara el desalojo de Díaz del poder. Munido de credenciales de Coolidge, y alegando la necesidad de poner término a la violencia en el país, propuso a Moncada, en las pláticas que a la sombra de un espino negro celebraron el 4 de mayo, que interrumpiera la marcha de sus fuerzas y simplemente se desarmara, consintiendo en que Díaz continuara en el poder hasta el 31 de diciembre de 1927, antes de lo cual se celebrarían elecciones supervisadas por Estados Unidos, que de ese modo se constituiría en garante de que el nuevo mandatario no sería desalojado del poder por la fuerza, como en 1925. En la parte no confesada del llamado “Pacto de Tipitapa”, se convino que el candidato presidencial sería esta vez el propio Moncada, con lo que los liberales accederían

al poder por primera vez desde su desalojo en 1910. En la parte pública del acuerdo, se dispuso que a cambio de cada arma que entregasen los soldados en los días siguientes, se pagarían 10 dólares. Estados Unidos se convertía a partir de ese momento en garante de la paz, y se distribuirían cargos entre liberales y conservadores en distintas porciones de la administración pública. Moncada aceptó aquel mismo día las condiciones de Stimson, que de hecho implicaba traición a Sacasa, que era quien le había designado jefe militar de la facción liberal. Para aguardar las formas, anunció que antes de aceptar consultaría con sus generales adictos. Los reunió en efecto y les informó de sus pláticas con Stimson, pero ocultándoles el hecho de que él sería candidato "puesto". Para convencerlos de que se debía aceptar lo que él llamó "imposición", adujo que de rechazar la oferta de Stimson, sería a las propias fuerzas armadas de Estados Unidos a las que deberían combatir a partir de ese momento, y no a las de Díaz.

Todos los jefes y oficiales aceptaron deponer las armas. Todos menos aquel desconocido Sandino, que durante la reunión pidió a Moncada tiempo para consultar a sus tropas, que estaban ubicadas a una o dos jornadas de marcha de Tipitapa. Puesto que se trataba de una consulta democrática, él debía saber qué pensaban sus compañeros de lucha del plan Stimson. Moncada le dio el permiso para retirarse, pero antes de que se cumplieran las 48 horas de despedidos, Sandino notificó por telégrafo a Moncada que él no estaba dispuesto a rendirse.

El 12 de mayo de 1927, desde la localidad de Yali, expide Sandino un documento en el cual anuncia su voluntad de resistir al invasor y a quienes se han sometido a éste: "Yo no estoy dispuesto a entregar mis armas en caso de que todos lo hagan. Yo me haré morir con los pocos que me acompañan porque es preferible hacernos morir como rebeldes y no vivir como esclavos".

Iba a emprender una lucha desigual, con altibajos, éxitos y derrotas, pero cuya culminación sería el logro del objetivo que el guerrillero y sus huestes se habían impuesto: El de que las tropas de Estados Unidos abandonaran total y definitivamente el suelo de Nicaragua, dejando a los nicaragüenses resolver por sí solos sus asuntos y problemas.

"Mi pecho y el de mis soldados"

Sin saberlo ni sospecharlo, Sandino se iba a convertir en una pieza de la partida de ajedrez diplomático en que se habían enzarzado los presidentes Coolidge y Calles. Para presionar a Calles y obligarlo a deponer su intransigencia en materia petrolera, Coolidge aprovechó el apoyo mexicano a Sacasa denunciándolo como intrusión "bolchevique" en los asuntos internos de Nicaragua y, por extensión, en los de América Central. Valido de esa imputación unilateral, el mismo Coolidge envió fuerzas armadas estadounidenses a un país ajeno y allí impuso condiciones de procónsul, que habrían dado su fruto de no haber sido por la inesperada resistencia de un jefe menor, uno solo, que se negó a aceptar. Lo que importaba a Washington no era realmente

Nicaragua, sino Méjico y su petróleo. Esta era la operación fundamental, en tanto que lo de Nicaragua era una pieza diversionista.

Ocurrió, sin embargo, que hacia fines de 1927 y principios de 1928, cuando ya Sandino daba combate abierto, y hasta los aviones de Estados Unidos hacían sus primeros ejercicios de bombardeos en picada y ametrallamiento a baja altura contra campesinos nicaragüenses, Calles retrocedía en sus posiciones principistas y acordaba soluciones pactadas con el embajador norteamericano Morrow, poniendo así término a las diferencias más conflictivas. La operación fundamental contra Méjico se diluía a partir de ese momento; pero la operación diversionista, secundaria, de Centroamérica, iba a convertirse en principal, puesto que los *marines* y soldados estadounidenses se empantanarían en las selvas y montañas de Las Segovias, en donde Sandino iba a librar hasta fines de 1932 una guerra terrible* de guerrillas en la que resultaría vencedor, puesto que su objetivo se cumpliría: Estados Unidos dejaría el país el primero de enero de 1933.

Sería erróneo asignar a la lucha de Sandino otros objetivos que los declarados patrióticos y nacionalistas.

A pesar de haber sido abandonado a su suerte por los partidos liberal y Conservador, auxiliado por un puñado de campesinos en buena parte analfabetos y en su casi totalidad subalimentados, aprisionó por los pies a los invasores y generó un movimiento de resistencia que en su tiempo entusiasmó y cautivó a las masas de todo el mundo. Las improvisadas fuerzas guerrilleras a las que Gabriela Mistral calificaría como "*pequeño ejército loco de heroísmo*", retuvieron durante años en un reducido territorio a barcos de guerra, escuadrillas aéreas y aguerridas tropas de la infantería de marina más experimentada del planeta. La fama de Sandino se extendió por lo mismo en todo el mundo. En 1928, Henry Barbusse escribe a Sandino elogiando su lucha. En el mismo año las tropas del Kuominwtang entran en Pekín llevando reatros de Sandino.

En su primer manifiesto político, fechado el primero de julio de 1929, condensaría el espíritu de su lucha:

"Soy nicaragüense y me siento orgulloso de que en mis venas circule, más que cualquiera, la sangre india americana, que por atavismo encierra el misterio de ser patriota leal y sincero; el vínculo de nacionalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y, por ende, de la América Central y de todo el Continente de nuestra habla, sin importarme que los pesimistas y los cobardes me den el título que a su calidad de enucos más les acomode (. . .) Mi mayor honra es surgir del seno de los oprimidos, que son el alma y el nervio de la raza, los que hemos vivido postergados y a merced de los desvergonzados sicarios que ayudaron a incubar el delito de alta traición: los conservadores de Nicaragua (. . .).

* El 29 de marzo de 1932 circuló en el mundo una fotografía del Tnte. Pennington USMC, sosteniendo la cabeza cortada de un nicaragüense.

Hace diecisiete años, Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro dejaron de ser nicaragüenses, porque la traición mató el derecho de su nacionalidad, pues ellos arrancaron del asta la bandera que nos cubría a todos los nicaragüenses. Hoy esa bandera ondea perezosa y humillada por la ingratitude de sus hijos que no hacen un esfuerzo sobrehumano para libertarla de las garras de la monstruosa águila de pico encorvado que se alimenta con la sangre de este pueblo, mientras en el Campo de Marte de Managua flota la bandera que representa el asesinato de pueblos débiles y la enemistad de nuestra raza.

[...] Juro ante la patria y ante la historia que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos. Acepto la invitación a la lucha y yo mismo la provoqué, y el reto del invasor cobarde y de los traidores a mi patria, contesto con mi grito de combate y mi pecho y el de mis soldados formarán murallas donde se lleguen a estrellar las legiones de los enemigos de Nicaragua. Podrá morir el último de mis soldados, que son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá molido el polvo de mis agrestes montañas”.

Sandino fue fiel a esa su consigna. América Latina vio levantarse una lucha indescriptible alrededor de un hombre que había sido campesino, obrero, artesano, empleado y minero, cuya única aspiración era seguir trabajando en cualquiera de esas tareas una vez cumplido el propósito que hizo destacar su nombre con relieves mundiales. Sintió suyo ese oscuro anhelo de libertad, traducido en la aventura quijotesca contra un enemigo que, superior, en número y en armas, era derrotado por un puñado de valientes que a las ametralladoras oponían latas de sardinas convertidas en granadas de mano, a los aviones los antiguos fusiles de la guerra de Cuba, al poderío abrumador la táctica de guerrillas, y al espíritu del soldado invasor el insobornable espíritu de los que sin paga alguna llegaron desde todos los ámbitos del continente a engrosar las filas del hombre llamado por Henri Barbusse *General de Hombrres Libres*.

En ese sentido, Sandino resultó triunfador. No sólo porque los invasores tuvieron finalmente que retirarse, sino porque con su gesta indicó cómo hasta en los momentos en que pareciera estar todo perdido, los pueblos disponen por sí mismos de los instrumentos de su liberación, mostrando con su ejemplo esa posibilidad.

Lo que sobrevino después de su asesinato a traición es hoy mucho más conocido que lo precedente. Los invasores se quedaron disfrazados de Somozas, los siguientes cuarenta y cinco años.

Los nietos de Sandino probaron, con su batalla contra los Somoza, que aprendieron lo más importante de la lección del guerrero invicto.

